

lana, que comunicó hasta cuatro veces directamente con el ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja y con el presidente del Gobierno, José María Aznar.

Por las primeras impresiones, las fuerzas de seguridad creyeron que el hombre llevaba un mecanismo de control remoto, que luego resultó ser el mando a distancia de un televisor, pero dudaron que fuera cierto que hubiera explosivos porque se había realizado un control de las maletas, máxime cuando el avión tenía continuidad hacia París y Atenas.

Todos estas noticias posibilitaron a las Fuerzas de Seguridad del Estado identificar al pirata entre la lista del pasaje como Javier Gómez, vecino de Sevilla, que estaba sometido a tratamiento psiquiátrico y que había hecho varios cursos con nacionalistas moderados y minorías étnicas en Francia, que el delegado de Gobierno en Valencia no pudo precisar en que consistían. Además, había viajado en alguna ocasión a Tel Aviv.

La clave, el psiquiatra

Los especialistas contactaron con la familia de Javier Gómez que confirmó que se trataba de un enfermo mental y les puso en contacto con el psiquiatra que le atendía. Este confirmó a la Policía que el pirata era una persona «para-

Los pasajeros informaban por el 'móvil' de lo que ocurría en el avión

noica que tenía delirios» aunque no era peligroso. Con la ayuda del médico personal, los especialistas lograron entrar en contacto con el secuestrador a través de un móvil.

A las 11.15, después de una primera reunión cara a cara con Gómez, el secuestrador pareció ablandarse. Esta conversación facilitó el desenlace de la situación, ya que fue entonces cuando el secuestrador permitió que subiera al avión un inspector de Policía, con el cual mantuvo otro diálogo. Poco después del mediodía, el agente convenció a Javier Gómez para que se entregara. El hombre dejaba el mando a distancia en el suelo, ponía las manos en la cabeza y era esposado. En ese instante, acababa la pesadilla. Los 106 pasajeros que continuaban retenidos junto con los siete miembros de la tripulación quedaban libres, todos ellos en perfecto estado de salud.

La mayor parte de los pasajeros continuaron viaje desde el mismo aeropuerto de Manises a Barcelona, París y Atenas. Sólo 27 de los ex-rehenes volvieron a las cuatro de la tarde a Sevilla, tras suspender sus planes después del secuestro. En el aeropuerto de la capital andaluza se congregó medio millar de personas para dar la bienvenida a los pasajeros del vuelo 1.121 de Iberia.

Tras ser detenido, Javier Gómez fue trasladado a la Comisaría de Manises donde se están instruyendo las diligencias policiales. Esta previsto que el pirata aéreo pase a disposición de un juzgado de la localidad de Quart de Poblet, situada en las cercanías del aeropuerto valenciano.

Libres por el móvil

E. UREÑA/ M. SAIZ-PARDO
COPISA, VALENCIA/ MADRID

La mayoría de los 123 viajeros del Boeing 727 de Iberia no conoció el miedo durante su particular secuestro de cuatro horas. Al eurodiputado del PSOE Fernando Pérez Royo, uno de los personajes conocidos entre el pasaje, sólo le preocupaba «tener que pasarme un día y medio en el avión» sin una novela. «Se respiraba tranquilidad», coincidió José Manuel Garnica, otro pasajero. No pudo cundir el pánico. Mientras se aclaraba si eran tres secuestradores o un pirata solitario, si el vuelo seguiría a Tel Aviv o a Atenas, todo el mundo hablaba por su móvil.

Así lo reconoció el delegado del Gobierno en la Comunidad Valenciana, que calificó de «básicos» para el final feliz del secuestro a los omnipresentes artefactos. Carlos González Cepeda relató que los móviles pusieron en comunicación a la alcaldesa de Sevilla, Soledad Becerril, con el presidente del Gobierno, el ministro de Interior y el Ayuntamiento de Sevilla. De todos ellos recibió la edil un mensaje de tranquilidad, que comunicó de inmediato a sus compañeros de vuelo. Pero es que la profusión de móviles permitió que numerosos pasajeros llamaran a sus familiares para tranquilizarlos; y que estos, a su vez, hablaran con diversos medios de comunicación, en una suerte de party line sin precedentes en la historia de la piratería aérea internacional.

La actividad frenética de más de dos docenas de teléfonos permitió ir descartando hipótesis. En un principio se habló de tres posibles secuestradores, de aspecto árabe y «que hablaban un idioma extraño», según una mujer a la que había telefonado su marido desde el avión. Pero un viajero de la parte trasera del Boeing lo tenía más claro. José Manuel Garnica, que viajaba a Barcelona con su mujer, identificó al secuestrador como un hombre que, en el aeropuerto sevillano, «se acercó a la puerta de embarque a recoger los billetes y no facturó equipaje». El mismo que «a los pocos minutos de despegar el avión se metió en la cabina del piloto», añadió.

«Parecía español»

Este ocupante de las últimas filas transmitió, asimismo, que el secuestrador quería continuar vuelo a la capital israelí, Tel Aviv. Según el delegado del Gobierno en Valencia, esta versión no carecía de sentido, porque el secuestrador no cesaba de reclamar agua, alimentos y «mucho combustible». Pero todo cambió cuando, vía móvil, se supo que el terrorista hablaba castellano y, es más, «parecía español». «Ya no lo vimos tan grave», sentenció González Cepeda.

Una vez descubierta la compleja identidad de Javier Gómez González, sevillano y en tratamiento psiquiátrico, todo fue sobre ruedas. El pasaje nunca llegó a creer que el mando a distancia que exhibía en una mano



El comandante del avión secuestrado, aplaudido por pasajeros de otros vuelos en Valencia.

«Temí por la vida de todos»

J. L. PEREZ CAÑETE COPISA SEVILLA

Soledad Becerril regresó a Sevilla, después de vivir una experiencia angustiosa. La alcaldesa agradeció la tranquilidad que mantuvieron en todo momento tanto el pasaje como la tripulación, y aseguró que el momento de conocer que habían sido secuestrados «fue como un shock. Temí por la vida de todos los que estábamos en el avión».

La alcaldesa de Sevilla llegó al Ayuntamiento pasadas las 17.30. Durante unos minutos relató la experiencia singular vivida durante la mañana. «Hay que ser un gran novelista para describirlo», señaló Becerril en referencia al momento en que fueron conscientes de que el avión en que viajaban había sido secuestrado. «Es un shock grande, y a partir de ahí pensé que había que mantener la calma, confiar en la tripulación que sabían como actuar con la máxima serenidad».

Soledad Becerril explicó que el secuestrador, Javier Gómez, no mantuvo nunca contacto con el pasaje; solamente lo vieron cuando en alguna ocasión se acercó a la puerta de la cabina de la tripulación, donde permaneció durante todo el tiempo que duró el secuestro. «Sabíamos que llevaba un mando pero no de que clase», recordó la alcaldesa, que según confe-

só temió «por la vida de todos los que estábamos dentro, pensé que podían pasar muchas cosas, que nos esperaban muchas horas y había que serenarse».

«Estaba asustado»

Becerril señaló que una de las cosas que más extrañaban a los pasajeros eran la libertad que tenían para hacer llamadas con los móviles e incluso para moverse por todo el avión. «Primero hablé con la alcaldía, luego con el ministro de Interior y después llamé a mi marido. Traté de hacer llamadas muy cortas pensando que podían ser muchas horas y que habría que conservar la batería».

«Estaba nervioso». El inspector jefe de la comisaría de Manises Antonio Sagaseta describe con esas palabras la actitud del secuestrador. Disfrazado de empleado de Iberia, contactó con Javier Gómez e intentó ganarse su confianza. «Hubo un momento en que logró asustarme, tras proferir una amenaza; para disuadirle se me ocurrió decirle: ¡Por el amor de Dios, con el día de calor que hace! Según su relato, la entrega del secuestrador fue un bálsamo para él «porque no era un terrorista». «Cuando se entregó, levantó las manos; yo se las bajé y le pasé la mano por el hombro. Estaba asustado».

pudiese detonar una bomba, porque el secuestrador «era un terrorista muy poco terrorista», en palabras de su paisano y compañero de viaje Seraffín Bayo. Este pasajero, de 68 años, tampoco cayó en el nerviosismo porque, entre otras cosas, el pirata aéreo se limitaba a «amenazar a la gente de Iberia».

Bayo, que volaba a Barcelona para asistir al entierro de su hermana, viajaba cerca de la cabina de la tripulación. Una azafata mantuvo la puerta abierta, por lo que pudo oír la conversación de

Javier Gómez con el psiquiatra que le trata. El secuestrador repetía «no soy tanto» una y otra vez. «Cuando el hombre se cansó y vio que no llegaba más combustible, se entregó. Se acojonó y se entregó», remachó Bayo.

El vicepresidente de la Cámara de Comercio de Cádiz, Emilio Medina, tampoco se perdió detalle desde la fila tres. Para Emilio Medina, el secuestrador resultó un excéntrico. «Tan pronto se echaba al suelo, como en las películas, que se dedicaba a hablar por el móvil delante de todo el

mundo».

Una azafata sevillana describió al final de la peripecia cómo un joven que había perdido el avión «se mostró encantado» por librarse del secuestro. Lo mismo ocurrió con tres amigas que iban de viaje de estudios a Roma. La tripulante vivió un momento de paz, pero le esperan pasajeros ingobernables cuando se empuñe en repetir, al comienzo de cada vuelo, aquello de «mantengan apagados los móviles para no interferir los instrumentos de navegación».